PRIMERA PARTE,

En un discreto Romance, que contiene la prodigiosa vida, y penitencia de la gloriosa Santa Rosalìa de Palermo, abogada de la peste; y lo demàs que verà el curioso Letor.

DE SANTA ROSALIA.

EN la Ciudad de Palermo,
Corte insigne, y celebrada
en el Reyno de Sicilia,
Provincia hermosa de Italia,
naciò Santa Rosalìa,
de tan antigua Prosapia,
y de sangre tan ilustre,
que en la Christiandad no ay Casa
de Emperadores, ni Reyes
con quien no estè emparentada,
siendo esmalte en su Nobleza
los meritos que la ensalçan.
Hija fue de Sinibaldo
de la Real Casa de Francia,
Conde en Sicilia de Rosas,
y General de las Armas,
y sobrina de Rugero,
de quien el Reyno heredava.
Antes que esta Rosa bella
diera al mundo su fragrancia,
se vieron claras señales,
que la Deidad Soberana
la tenia yà escogida
para Esposa, y destinada
para ser del mundo assombro;
y aviso de las profanas,
exemplo de penitentes;
y porque en todo imitàra
al Divino Precursor,
quiso que fuesse anunciada.
Permitiò que un Angel bello
à su madre visitàra,
avisandole del dia
el feliz parto que aguarda:

y que eſta dichoſa niña,
quando reciba la gracia
en el primer Sacramento
de nueſtra Igleſia Romana,
que la llamen Roſalìa,
que aſsi el miſmo Dios lo manda;
porque quiere, que las Roſas,
que ſon timbre de ſu Caſa,
le dèn el nombre al nacer,
y al morir la coronàran.
Naciò eſta hermoſa Princeſa,
y aunque fue tan deſeada,
no naciò para reynar,
que como Prenda tan alta,
deſde ſus primeros años
la tuvo Dios tan guardada,
que haſta ſu dichoſa muerte
no la viò perſona humana.
Criòſe la bella niña,
y las primeras palabras
que pronunciò en ſu niñez,
ſon la Trinidad humana,
JESUS, MARIA, y JOSEPH;
y deſde ſu tierna infancia
fue inclinada à las virtudes,
y dieſtra en executarlas:
que aunque tenian ſus padres
Maeſtras que la enſeñàran,
excediò ſu entendimiento
las reglas de la enſeñança.
Era diſcreta, y hermoſa,
muy honeſta, y recatada;
y aunque Princeſa,era humilde,
en la condicion muy llana,
con los pobres muy piadoſa,
y en dar limoſna muy franca.
Mas como ſiempre à los niños
todo lo viſtoſo agrada,
con el trage de Princeſa
ſe fue inclinando à las galas;
como niña, y no por eſſo
hizo en ſu virtud mudança.
Siendo yà de doze años,
tratò el padre de caſarla
con el Conde Valduìno,
ſobrino del Rey de Francia,
y deudo de Roſalìa,
para que los dos Reynàran;
mas como Dios la tenia
para Corona mas alta
eſcogida por Eſpoſa,
vino amante à viſitarla;
y eſtando en ſu quarto un dia
ricamente aderezada,
le diò una Dama un eſpejo,
para que en èl ſe miràra;
y al mirar ſu roſtro en èl,
viò la Imagen Soberana
de Chriſto Crucificado,
vertiendo Sangre las Llagas,
y que con voz muy ſentida
le dezia eſtas palabras:
Mira qual eſtoy por ti;
Roſalìa, mal me pagas,
ſi à la vanidad te entregas:
dexa eſſas profanas galas,
y ſi quieres hermoſura,
color à tu roſtro ſaca
deſta roxa Sangre mia,
que por tu amor ſe derrama:
haz de mis Eſpinas joyas,
y eſtarás mas adornada;
que las que en el pelo tienes,
ſon lazos para las almas,
con que el demonio apriſiona
a quantos de mi ſe apartan,
buſcando ſu perdicion
en ſu liviandad profana.
Si deſeas ſer mi Eſpoſa,
y quieres lograr la Palma
de mis amadas Eſpoſas,
vete al Salvador mañana,
y alli haràs ſolemne Voto,
que guſto de que lo hagas.
Recibe Sacramentado
mi Cuerpo, porque tu alma
ſe limpie de tus deſcuidos,
y ſe adorne con mi gracia,
y

y entonces ſeràs mi Eſpoſa.
Me daràs mano, y palabra
de ſer, como Eſpoſa mia,
humilde, obediente, y caſta.
Deſte prodigio la niña
quedò abſorta, y deſmayada,
y la criada confuſa;
porque tambien la criada
conociò, que à ſu Señora
en el eſpejo le hablavan.
Cobrada en fin Roſalìa,
y de rodillas poſtrada,
bañando en llanto ſus ojos,
ha dicho con tiernas anſias:
Soberano Dueño mio,
perdona mis ignorancias;
confieſſo, que inadvertida
te he correſpondido ingrata:
yà lo conozco, y me peſa;
mas os doy firme palabra
de dàr por tu amor la vida,
y vivir crucificada,
como vos lo eſtais por mi,
que amor con amor ſe paga.
Yá renuncio el ſer Princeſa,
por ſer vueſtra humilde eſclava,
que no quiero mas Corona,
que vivir en vueſtra gracia.
Se fue Chriſto del eſpejo,
y al verſe en èl retratada,
hizo el eſpejo pedazos,
porque en èl no ſe miràra
la humana fragilidad
donde viò la Deidad Sacra.
Se deſpojò de las joyas,
poniendolas à ſus plantas,
y tomando unas tixeras,
con reſolucion bizarra
ſe cortò el hermoſo pelo,
y con deſprecio lo trata,
y deſnudandoſe dixo:
Afuera profanas galas,
loca vanidad afuera,
que ya eſtoy deſengañada;
que los adornos del cuerpo,
ſon borrones en el alma.
Se viſtiò de humilde trage,
y en ſu apoſento encerrada
paſsò aquel dia, y la noche;
y aſsi como vino el Alva,
ſe fue al Salvador à Miſſa,
ſin ſer de nadie notada.
Llamando à ſu Confeſſor,
le cuenta lo que le paſſa;
y èl prudente le aconſeja,
que no ſe reſiſta en nada,
que obedezca en todo pronta,
ſupueſto que Dios la llama.
Confeſsò generalmente,
en tierno llanto anegada,
juzgando por grandes culpas,
las que fueron leves faltas.
Recibiò Sacramentado
à Chriſto; y para dàr gracias,
ſe entrò ſola à una Capilla
de la Virgen Soberana,
que tiene un Niño en los brazos,
y de rodillas poſtrada
celebrò el ſolemne Voto
con diſcretas circunſtancias.
Bolviò el Niño alegre el roſtro,
y al punto la mano alarga,
dandoſela à Roſalìa,
y un precioſo Anillo en Arras,
en ſeñal de Matrimonio;
y la que es llena de Gracia
fue la Madrina, y teſtigos
los Angeles de ſu Guarda.
Y eſtando yà Roſalìa
con ſu amante deſpoſada,
empezò à crucificarſe,
por cumplirle la palabra,
con penitencias, y ayunos,
eſtando mortificada
con tan aſperos cilicios,
que piadoſas las criadas,
les dieron cuenta á ſus padres
del rigor con que ſe trata.
El padre de Roſalìa,
que tiernamente la amava,
y eſperava vèr por ella
la ſucceſsion de ſu Caſa,
juzgando que el nuevo eſtado
hiziera en ella mudança,
abreviando el caſamiento,
fue á ſu quarto à viſitarla,
y con diſcretas razones,
y cariñoſas palabras
diò à entender à Roſalìa
como yà eſtava caſada,
y que aquella meſma noche
avian de deſpoſarla.
Aunque ella callò prudente,
eſtava determinada
à

à no caſarſe, aunque viera
el cuchillo à la garganta.
Apenas ſe fue ſu padre,
quando viò entrar por la ſala
dos belliſsimos Mancebos,
Angeles en forma humana,
diziendole: Roſalìa,
ſabràs que tu Eſpoſo manda
te ſaquemos de Palacio,
que quiere que en la montaña
de Quiſquina en una cueva
hagas vida ſolitaria.
Alegre oyò la Doncella
lo miſmo que deſeava,
y rezelando prudente
el peligro en la tardança,
diſpuſo luego el viage,
recogiendo ſus alhajas,
cilicios, y diciplinas,
libros, y algunas Eſtampas,
y un devoto Crucifixo,
en quien ella contemplava
al que vido en el eſpejo,
que ſiempre tuvo en el elma;
y haziendo de todo un lio,
de los Angeles guiada,
ſe ſalieron de Palacio,
ſin que nadie lo eſtorvàra;
y yendo por el camino,
aunque niña, y delicada,
caminava como un viento,
con el fardillo à la eſpalda.
Anduvieron trece leguas,
y en llegando à la montaña
la ſubieron à la cumbre,
à donde la cueva eſtava,
y le dizen: Roſalìa,
èſta ha de ſer tu morada;
quedate en paz, y no temas,
que tu Eſpoſo te acompaña,
y aunque inviſibles noſotros,
hemos de eſtàr en tu guarda.
Y aſsi que ſe vido ſola
entrò à viſitar ſu caſa,
y à diſponer ſu Oratorio,
y veſtirſe de Ermitaña.
Se puſo un toſco Sayal
en lugar de blanca olanda,
con un Abito de cerdas,
para eſtàr mortificada.
Su cama era el duro ſuelo,
y una piedra ſu almohada;
ſu alimento era la yerva,
y ſu bevida era el agua,
de algunas menudas gotas,
que la gruta deſtilava
quando por Dios la pedia,
haziendo copas las palmas
de las manos, porque aſsi
la penoſa ſed ſaciava,
aunque por mortificarſe
la bevia ſiempre eſcaſa.
La oracion fue ſu exercicio,
y ſus diciplinas tantas,
que jamàs ſe viò en el mundo
Roſa mas diciplinada.
Aqui eſtava Roſalìa
tan contenta, y bien hallada,
como ſi alli huviera ſido
ſu nacimiento, y criança.
Pero el demonio embidioſo
del valor de una muchacha,
diò principio à hazerle guerra,
procurando derribarla.
La traia al penſamiento
memorias que la inquietàran,
acordandole à ſus padres,
y acuſandola de ingrata.
Le acordava ſu Palacio,
ſus amigas, y criadas,
ſus joyas, y ſus veſtidos,
y el regalo de ſu caſa,
la grandeza en que ſe vido,
y el eſtado en que ſe hallava.
Y viendo que Roſalìa
no hazia caſo de nada,
andava muy deſvelado,
inventando nuevas trazas:
à donde la dexaremos
à eſta Princeſa Ermitaña;
y en el ſegundo Romance
dirà Adarbe lo que falta,
haſta la dichoſa muerte
deſta prodigioſa Santa.

F I N.

SEGUNDA ✠ PARTE,

En que ſe refiere la prodigioſa muerte de Santa Roſalìa de Palermo, Abogada de la peſte, à quien ſuplicamos pida à Dios nueſtro Señor libre eſtos Reynos de Eſpaña, y à ſus Devotos de tan contagioſa calamidad.

DE SANTA ROSALIA.

DExamos à Roſalìa
penitente, y Ermitaña
en el Monte de Quiſquina,
con dos Angeles de Guarda,
del miſmo Dios aſsiſtida;
y por mas acriſolarla,
y que ſupiera el demonio
de ſu Eſpoſa la conſtancia,
permitiò darle licencia,
à que con ſutiles trazas
la tentàra en el deſierto,
porque en eſſo lo imitàra;
y con eſta permiſsion
afilò el dragon ſus garras,
imaginando hazer preſa
en eſta Princeſa Santa.
La acometiò al penſamiento
con mil tentaciones varias,
por echarla de la cueva,
y que perdiera la gracia;
pero à todo Roſalìa
tuvo las puertas cerradas.
Y viendo que ſe reſiſte
à las primeras inſtancias,
con viſible cuerpo quiſo
preſentarle la batalla.
Y viendola cierto dia
de todo alimento falta,
buſcando algunas raizes,
que le ſirvan de vianda,
no quiſo ofrecerle piedras,
para darſelas tiradas,
y en forma de un Cavallero,
que era criado en ſu caſa,
de quien fiava ſu padre
los negocios de importancia,
con grande acompañamiento
diò à entender que la buſcava,
aſſuſtandola primero
con ruido de gente, y armas.
Quiſo bolverſe à la cueva,
mas èl el paſſo le ataja,
encontrandoſe con ella,
le dize con voz humana:

Gracias à mi diligencia,
que bien devo darle gracias,
pues por ella he conſeguido
todo quanto deſeava,
que es hallar tan alta prenda,
ſiendo mi empeño el buſcarla,
deſpues de aver penetrado
à Italia, Francia, y Eſpaña
buſcando tu Real Perſona;
pero quien imaginàra,
que eſtuviera una Princeſa
en una cueva encerrada?
Poſsible es, que una Señora,
diſcreta, hermoſa, y bizarra,
ſiendo Princeſa en Sicilia,
que ſerà Reyna mañana,
aſsi ſe dexe à ſus padres,
y el regalo de ſu caſa,
por vivir entre las fieras
en eſta aſpera montaña,
con tan conocido rieſgo
como à ſu Alteza amenaza,
ſola en aqueſte deſierto,
niña, y con tan linda cara?
Porquè quieres imitar
à la Gitana Egypciaca,
ſi ella antes fue pecadora?
Pero tu, ſiendo una Santa,
para què es la penitencia,
ſin aver ſobre que caiga?
Què delito has cometido,
que con tal rigor te tratas?
Vamos, Señora, à Palacio,
que tu padre nos aguarda,
tan penado con tu auſencia,
que ſolo eſpirar le falta;
y ſi por tu cauſa muere,
te acreditas de tirana;
y el ſer cruel con los padres
no es juſto, ni Dios lo manda.
Què me reſpondes, Señora?
Reſuelvete yà, què aguardas?
porque ſi no te reſuelves,
aunque al decoro faltàra,
te avrè de llevar por fuerça,
ò dexarte aqui con guardas
haſta dàr cuenta à tus padres,
que es quien buſcarte me manda.
Oyendo aqueſtas razones
quedò confuſa, y turbada,
ſin ſaber què reſponderle,
ni poder hablar palabra.

Alçò los ojos al Cielo,
y à ſu amado Eſpoſo llama,
pidiendole que la libre
del peligro en que ſe halla.
Acudiò crucificado,
lleno de luzes tan claras,
que deſvaneciò las ſombras
de aquella infernal canalla,
y le dize: Eſpoſa mia,
no temas, que eſta fue traza
del demonio, que pretende
amancillar tu conſtancia;
pero yo ſiempre te amparo.
Ella reſpondiò humillada:
Soberano Dueño mio,
ſi tu Mageſtad me ampara,
venga contra mi el infierno,
que aunque ſon mis fuerças flacas,
antes perderè la vida,
que yo falte à mi conſtancia.
Le eſtimò Dios la fineza
con amoroſas palabras,
y deſenclavando un brazo
eſtrechamente la abraza,
arrimandola al Coſtado,
dexandola confortada
para mayores empreſſas,
como adelante le aguardan:
porque el demonio corrido
procurò tomar vengança
en ſu delicado cuerpo,
yà que no pudo en el alma;
tomando viſible forma,
le dize con voz airada:
Loca, hipocrita, embuſtera,
atrevida, y temeraria,
què hazes en eſta cueva,
donde vives engañada?
Pienſas engañar al mundo,
porque te tengan por Santa?
Yà de todos tus engaños
muy preſto tendràs la paga,
porque yá viene tu padre
à llevarte maniatada,
y á encerrarte como loca;
que eſſe es el premio que aguarda
quien dà credito á iluſiones,
y fantaſias ſoñadas.
Yà perdiſte el ſer Princeſa,
y de tu padre la gracia:
ſi quieres librarte dèl,
vete à Eſpaña, ò vete à Francia,
que

que alli viviràs ſegura,
y ſeràs muy eſtimada;
vete, que ſi no te vàs,
pondrè fuego à eſta montaña,
y harè que una horrible fiera
te deſpedace en ſus garras.
Mas viendo que no reſponde,
ni teme ſus amenazas,
le dava crueles golpes,
y ſobervias bofetadas,
arraſtrandola en la cueva
con crueldad tan tirana,
que dexò à la Santa Niña
mal herida, y deſangrada;
mas los Angeles piadoſos
acudieron à curarla.
Aqui eſtuvo Roſalìa
cruelmente atormentada,
deſte infernal enemigo
por todas partes cercada;
pero ſiempre victorioſa
de infernales aſſechanças,
haſta que el miſmo demonio
determinò de dexarla,
ſiendo impoſsible la empreſa;
y quanto mas trabajava,
mas reſplandecia en ella
la Corona que le labra.
Muriò ſu padre à eſte tiempo,
y de un Angel fue aviſada,
como el alma de ſu padre
en el Purgatorio eſtava,
que le pida à Dios por ella,
pues tanto con èl alcança.
Hizo oracion por ſu padre,
pidiendole à Dios que ſalga
de las penas que padece,
que ella ſe obliga à la paga.
Saliò el padre de las penas,
y vino à darle las gracias,
y à dezirle, que proſiga
en la vida començada.
Tres Fieſtas que Roſalìa
por devocion celebrava,
Reſurreccion, Aſcenſion,
y la venturoſa Paſqua
del Nacimiento de Chriſto
ſu Eſpoſo, por feſtejarla,
las celebrava en la cueva
con grandeza ſoberana,
formandole una Capilla
ricamente aderezada,

y el Supremo Sacerdote
dezia Miſſa cantada,
le dava la Comunion,
y San Pedro predicava,
y la Capilla del Cielo
con ſu Muſica baxava:
infinitos combidados,
Angeles, Santos, y Santas,
y la Emperatriz Suprema
venia por combidada;
y en acabando la fieſta
le davan todos las gracias,
infinitos parabienes
de las dichas que gozava,
dexandole à Roſalìa
anegada en gloria el alma.
En la oracion cierto dia
con humildad contemplava
lo mucho que à Dios le deve,
y lo mal que ella le paga,
que èl le obliga con finezas,
y ella no le ſirve en nada.
La entriſteciò eſte diſcurſo;
y Chriſto por conſolarla
ſe le apareciò en la Cruz,
y le dize eſtas palabras:
Muy amada Eſpoſa mia,
por lo mucho que me agrada
el valor con que padeces,
y el amor con que me amas,
he de darte una Corona
de Roſas de tal fragrancia,
que han de preſervar à muchos
de la corrupcion humana
de la contagioſa peſte,
que mi Juſticia amenaza,
que quantos por ti me pidan,
ſe libraràn de mi ſaña.
Y aora es mi voluntad,
que de aqueſta cueva vayas
à vivir en otra cueva,
que te tengo preparada
en el Monte Peregrino,
que ay dos millas de diſtancia
de Palermo, porque alli
ſe perpetùe tu caſa.
Los miſmo que te traxeron,
quiero que contigo vayan,
que eſta mudança ha de ſer
el criſol de tu conſtancia.
Obedeciò la Doncella,
y para hazer ſu jornada
ſe

ſe deſpidiò de ſu cueva,
y recogiò ſus alhajas;
y por mandado de un Angel
en una piedra gravadas
dexò unas letras, que dizen:
Roſalìa Sinivalda,
hija del Conde de Roſas,
y Princeſa proprietaria,
de mi voluntad renuncio
quantas riquezas humanas
me tocan, y tocar pueden,
y he de cumplir mi palabra.
Haſta oy en la miſma cueva
aqueſtas letras ſe hallan
en lengua Latina eſcritas,
como las dixo la Santa.
Paſsò al Monte Peregrino,
y el Palaciò que le aguarda
es una cueva horroroſa,
muy fria, y deſabrigada,
en un peñon eminente,
que eſtà à la orilla del agua.
Y en el hueco de una peña,
de lo ancho de dos varas,
hizo nido eſta Paloma,
y alli tuvo ſu habitança
por tiempo de ſiete años,
continuamente ocupada
en los miſmos exercicios
que en la otra executava.
Y al cabo de aqueſte tiempo,
quando yá ſe le acercava
la hora de ſu partida,
de ſu amor tan deſeada,
enfermò de calenturas,
y viendoſe yà poſtrada,
pidiò à Dios que le conceda,
que antes que del mundo vaya
reciba los Sacramentos,
para morir conſolada.
Se lo concediò, y piadoſo
à dos Angeles les manda,
que partan à la Ciudad,
y que vayan à la caſa
de Cirilo, un Sacerdote,
hombre de vida muy ſanta,
y de ſu parte le digan,
que los Sacramentos traiga
à una Santa penitente,
que eſtà à la muerte cercana.
Fueron los Embaxadores,
y en dandole la embaxada
obedeciò, y ſe previno
de las coſas neceſſarias.
Salieron de la Ciudad,
y los dos que le acompañan
fueron por todo el camino
alumbrando con dos achas
al Divino Sacramento,
para darnos enſeñança.
Llegò Cirilo à la cueva,
donde Roſalìa eſtava
en un obſcuro rincon,
honeſtamente acoſtada.
Recibiò los Sacramentos,
y luego ſu Eſpoſo manda,
cuente à Cirilo ſu vida,
para que èl la publicàra.
Se la contò por entero,
y acabado de contarla,
ſe llenò toda la cueva
de claridad, y fragrancia,
y vido Cirilo entrar
à la Virgen Soberana
ſiendo Trono de ſu Hijo,
y llegandoſe à la cama
de la enferma Roſalìa,
eſtrechamente la abraza,
y con amantes requiebros
la recrèa, y la regala,
y en los brazos de la Virgen
Roſalìa entregò el alma
en las manos de ſu Eſpoſo,
que le puſo una guirnalda,
y coronada de Roſas,
de ſu Eſpoſo acompañada,
y ſu Soberana Madre,
Angeles, Santos, y Santas,
ſubiò triunfante à la Gloria
la Roſa Palermitana,
dexando acà ſus Reliquias
en la cueva ſepultadas,
dentro de la miſma piedra,
que al cuerpo ſirviò de cama;
y aora en el miſmo Monte
tiene ſu Templo la Santa,
y es de todas las Naciones
conocida, y venerada;
à quien humilde ſuplico,
me alcance de Dios la gracia,
y que perdone piadoſa
los yerros de mi ignorancia,
intercediendo con Chriſto,
que libre de peſte à Eſpaña.

F I N.